

Asháninka

La guerra continúa... por sus derechos



Leslie Villapolo

Para el pueblo asháninka la guerra no ha terminado. Tampoco el olvido en el que aún permanecen sus vidas a pesar de la tragedia que les ha tocado vivir. Los autores, integrantes del CAAAP, una institución con una larga y prestigiosa trayectoria de trabajo con comunidades nativas de la Amazonía, resumen las principales demandas de estos peruanos, a quienes el Estado y la sociedad entera deben una reparación.

**leslie villapolo/
manuel cornejo**

Centro Amazónico de Antropología y
Aplicación Práctica (CAAAP)

Cuando, hace apenas un tiempo, visitamos la selva central, un poblador asháninka nos dijo: "Los paisanos a veces discuten, se pelean, empiezan a señalar a los que han estado con los *terrucos*; siguen con esa mentalidad. La mayoría no quiere hablar de lo que pasó, pero todavía se siente la pena".

Este diálogo revela con claridad que las secuelas del conflicto armado interno que sufrió el pueblo asháninka durante la

década de 1980 y mediados de la de 1990 siguen afectando las posibilidades e iniciativas de su desarrollo comunitario y su articulación en el escenario regional y nacional.

Las comunidades nativas enfrentan divisiones y tensiones internas cuyo origen obedece a la convivencia con aquellos que apoyaron voluntariamente o de manera obligada a los grupos subversivos. A esto hay que añadir los daños, pérdidas

materiales y graves costos sociales por reparar. Se han agudizado, también, los graves desequilibrios sociales y culturales provocados por la extrema pobreza imperante en esa zona.

Después de más de diez años de conflicto armado interno, todavía es difícil para los asháninka recordar lo sucedido. Las experiencias límite que vivieron han causado en algunos dificultades de diversos grados.

Un poblador de Río Tambo nos comentó: "Yo también me imaginé, ya me empezó a traumar, también estaba como enfermo. Ya no me interesaba mi trabajo, no quería nada".

El impacto de las violaciones cometidas por Sendero Luminoso (SL) no solo se explica por el alto índice de víctimas, desplazados o heridos, entre ellos líderes importantes como Pablo Santoma, quien había impulsado la organización regional de los asháninka. Para SL, la identidad étnico-cultural de los asháninka representaba un obstáculo para su proyecto político. Así, intentó subyugar a los asháninka atacando sus valores primordiales: la libertad, la autonomía, la alegría de vivir y la solidaridad. Sin embargo, fueron estos mismos valores la fuente para desplegar una serie de estrategias de protección, resistencia y rechazo a la dominación senderista.

Cuando se incendió el bosque

El conflicto armado interno llegó a la selva central durante la década de 1980. Sendero ingresó en la región por el río Apurímac y se expandió por el Ene y el Tambo hacia los distritos de Mazamari, Pangoa y Satipo, región que constituye el territorio tradicional asháninka. Hacia inicios de la década de 1990, SL tenía bajo su control prácticamente toda la provincia de Satipo.

En parte de los distritos de Río Tambo y Pangoa, SL logró instaurar su "nuevo Estado" manteniendo cautivas alrededor de cuarenta comunidades asháninka. En ese tiempo, se estimaba en 55 mil habitantes la

población de esta etnia, de los cuales aproximadamente 10 mil fueron desplazados forzosamente en los valles del Ene, Tambo y Perené, 6 mil fallecieron y cerca de 5 mil fueron rehenes de Sendero. Se calcula que durante el conflicto armado interno desaparecieron cerca de 50 comunidades asháninka.

La crudeza de los testimonios de quienes lograron huir de los campamentos donde, según sus propias palabras, estuvieron esclavizados, impactó no solo en la sociedad nacional sino también en la internacional. Así, en 1995 el comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, Francis Deng, visitó esta zona para conocer y, luego, difundir la situación de los asháninka.

Una nueva oportunidad para la reconciliación

A lo largo de nuestra historia republicana, los modelos de desarrollo para la Amazonía han fomentado de manera descontrolada la inmigración andina, así como la sobreexplotación y destrucción de los recursos naturales de su territorio. Estas propuestas de desarrollo contradicen las de los propios pueblos indígenas.

El actual proceso de descentralización promueve la participación ciudadana, pues no implementa

mecanismos que consideren el componente cultural. Así, el pueblo asháninka ve limitada otra vez su inserción en los procesos de desarrollo regional y nacional. Esto quiere decir que la descentralización todavía no se traduce en políticas nacionales o regionales inclusivas. Por ello, es preciso comenzar a incorporar las formas tradicionales de participación ciudadana desarrolladas por la población indígena. Solo así podremos convivir en un país pluricultural como el Perú, donde los asháninka, quechua, aimara, shipibo, aguaruna y demás pueblos sean reconocidos como ciudadanos indígenas.

Los programas de reparación para estos pueblos deben recoger, pues, las propuestas trabajadas desde hace varias décadas por sus organizaciones. Lo que se requiere es un Estado—y funcionarios—interlocutor que los reconozca y reconozca sus derechos colectivos recogidos en el Convenio 169 de la OIT, ratificado por el Perú en 1993.

Hay que vivir bien

Para los asháninka, la educación escolarizada es un medio de desarrollo personal y comunal. El conflicto armado interno significó la pérdida de por lo menos cuatro años de educa-

CVR: Respeto a los pueblos indígenas

El *Informe final* de la CVR plantea la urgencia de cambiar las condiciones que mantienen la marginación de los pueblos indígenas. En este sentido, se requiere crear y reforzar canales adecuados de participación en la toma de decisiones sobre asuntos que afectan a su pueblo, de acuerdo con el Convenio 169 de la OIT. Una de las propuestas que han elaborado las organizaciones indígenas para mantener vigentes sus derechos colectivos es la inclusión en el texto constitucional del tema referido a los derechos de los pueblos indígenas.

ción escolar. Como resultado, muchos niños desertaron debido a problemas de aprendizaje generados por la pérdida de la edad crítica para aprender y por dificultades emocionales causadas por las vivencias potencialmente traumáticas de la violencia. Los jóvenes con mayores posibilidades de seguir educación secundaria vieron frustradas sus aspiraciones.

Los asháninka tienen uno de los índices más altos de analfabetismo y un escaso acceso a la educación secundaria o superior. Asimismo, los años de conflicto armado significaron hambre y muerte, así como la pérdida de cultivos de subsistencia. Si bien se ha incrementado el número de puestos de salud en la zona, el acceso a estos servicios se ve limitado por las brechas culturales.

Ni los niños de ese entonces ni los de las nuevas generaciones han contado con suficientes espacios de atención en salud mental desde un enfoque intercultural. Son muy pocos los prestadores de servicios que tienen habilidades para acercarse a la gente.

Los actuales y futuros líderes asháninka son precisamente aquellos que logran acceder a un mayor grado de educación. Esto explica los pedidos reiterados de autoridades y líderes asháninka de contar con mejores servicios educativos y de salud interculturales. Un pedido concreto es la creación de un instituto superior asháninka en su zona.

A pesar de las limitaciones de un contexto etnocéntrico y homogeneizante, los asháninka

surgen como actores en los espacios públicos. Al respecto, un ejemplo es el rol que cumplen los dirigentes asháninka que asumen cargos en los gobiernos locales, con una gestión que busca el encuentro entre sus tradiciones y el sistema formal que contribuye al fortalecimiento de la gobernabilidad democrática en gobiernos locales con alcaldes indígenas.

Asimismo, la mujer, a partir de su experiencia y flexibilidad para desarrollar mecanismos de supervivencia familiar y comunal durante los años de conflicto armado interno, va abriéndose paso hacia su participación en los asuntos locales y regionales.

La nueva coyuntura política de reconstrucción democrática, así como el creciente proceso de inserción de la mujer en la vida política, podrían favorecer este proceso.

Frente a los diversos retos que nos plantea la construcción de una auténtica reconciliación

Holocausto

"[...] si la violencia hubiera alcanzado en todo el territorio nacional la misma intensidad que tuvo entre los asháninka, hubieran muerto alrededor de 2 millones de peruanos y peruanas. Un verdadero holocausto."

Carlos Iván Degregori. "Un fantasma (todavía) amistoso recorre el Perú", *ideele* N° 169, abril del 2004.

entre los peruanos como base de una sociedad en la que sea posible convivir democráticamente, podemos enriquecernos de los valores asháninka que les permitieron resistir ante SL y que ahora constituyen los elementos primordiales para buscar el reconocimiento de sus derechos como ciudadanos peruanos.

Una mujer asháninka nos dijo: "Después de la guerra nosotros seguimos luchando por nuestros derechos, nuestros hijos y nuestra tierra". ■



Leslie Villapolo